

Mazatlán, ay mi Mazatlán, un shot y una botanita en la plazuela Machado

Alejandro García

Pienso en los cantautores que se tenían que poner a escribir una rola dedicada a la ciudad donde actuarían esa noche y acompañarla en el escenario con el respectivo «Buenas noches, Mazatlán, León, Mérida, Tlaxcalantongo...», «¿Quién te quiere, Hermosillo, Oaxaca, Villahermosa, Salsipuedes, Chinchas Bravas...?». Me imagino al pobre de Tito Guízar opriéndose el nacionalismo para escribir el corrido de San Luis Potosí porque el gobernador lo quería para la cena con mariachi y charros y chinas potosinas y si no se inspiraba eran tiempos bravos y vengativos. No es mi caso.

Camino las ciudades y paso por sus calles y edificios, huyéndole a las obligaciones cotidianas. Es un espasmo. Recuerdo Mazatlán por su malecón y por lo que luego se ha dado en llamar su zona dorada. Había unas combis atracantes que traían a dos o tres jóvenes que te invitaban un desayuno para conocer además las bondades de instalaciones de hospedaje o planes inmobiliarios. Bastaba que se enteraran de que no tenías tarjeta de crédito para que te dejaran en paz.

Una noche me tocó ver afuera del Hotel Cid, creo que era la Disco Caracol, a una hermosísima mujer que salía a platicar con un muchacho, un chico como yo (no, yo ya estaba más bien pasado de tueste). Se trataba de un certamen de belleza... y ella era competitiva y un dickensoniano o stendhaliano joven trataba de ponerse como obstáculo para su ascensión a la gloria. Fue una breve batalla, con alguno que otro brillo de ojos, un par de besos, un ligero jaloneo que acentuó la perfección de las formas de la chica, un beso prolongado que a punto estuvo del retorno y se rompió cuando la adyuvante de la joven vino a decirle que ya pronto le tocaba entrar a la pasarela. Nudos de vida.

Mazatlán que con los años he recorrido por varios kilómetros en su malecón, de Valentinos a La copa de leche y de allí a la plaza principal, trayecto que de pronto rompía y entraba hasta el mercado por la calle (¿Carrasco?) que antes es carretera que lleva a Culiacán.

Además de los pasos, Mazatlán es paraíso de comidas. Los choferes de las pulmonías son los mejores informantes de las novedades. Sean carretas, sean restaurantes muy caros. Yo soy de medio pelo. Así me enteré del Guamuchilito, del Camichín, de la Costa marinera, de los Arcos, de la Puntilla y de los desayunos suculentos y la formidable cabrería del Bambú.

La caminata deparaba sorpresas, como encontrarte de pronto con una librería, que a leguas era una biblioteca en venta, casi en paralelo al restaurant otrora famoso de Mamucas,

y encontrarte de frente lo mismo con *La larga marcha* de Styron que con *El amor loco* y *Los vasos comunicantes* de Breton y comentar con el vendedor que por allí andaba Juan Antonio Martínez Peña, un buen historiador mazatleco, risueño universal, ahora en plena inversión de energías en la caminata y la bicicleteada y a quien se le puede ver algunas mañanas en despliegue por las arenas empapadas por la corriente. En la calle Carrasco encontraba una birria de res que es excelencia y otra de chivo o de borrego junto a la Ley que está cerquita del monumento a Lola Beltrán. Me tocaron los años iniciales de prohibición de la caguama, así que solo alcancé a probar los sustitutos allí por el mercado y en un carrito dentro de un tejaban en la Buelna.

Hoy, inicio de año, decidimos entrar a la Plazuela Machado. Más que desayunar hemos precocado abundantemente en Panamá, para aguantar la jornada. Caminamos, Mónica y yo, buena parte del malecón desde el límite de la otrora gran discoteca. Hay una parálisis de tráfico de Buelna al monumento al pescador. Por otro lado es un gran jolgorio, una gran cantidad de gente, el edificio del IMSS espera a los posibles insolados y anexas, aglomeración en la zona de los clavados, racimos en lo que fue la copa de leche. Nos detenemos un poco en esa gran estrategia del clavadista que tarda minutos y minutos en rasguñar la curiosidad de la gente. En las faldas del cerro de las antenas han proliferado los llamados antros, también se puede ver una tienda de ropa y suvenirs de Los venados. Nada muy llamativo, solo la música en alto.

Damos vuelta y caminamos a orillas del Instituto de Cultura, así entramos al viejo Mazatlán, ahora hay luces en el piso. Pesa ya la caminata. El negocio donde están los estantes con libros que te puedes llevar y luego regresar o intercambiar está cerrado. No hay tanta gente como en el malecón, pero conforme avanzamos aparecen caminantes y aumenta el ruido de gente. Me molesta que la plaza esté cooptada por negocios con vallas hechizas. Tienes que pedir mesa.

Primero preferimos subir al cuadrante donde se venden artesanías y ropa, joyería, golosinas, algunas piezas artísticas. Es otra visión del puerto.

Para empezar no hay mar a la vista y los turistas aquí se mezclan con personas de otros intereses, no meramente comerciales, sino que tienen que ver con lo cultural, entendido como lo cercano al arte o a la artesanía reconsiderada. Es también el ombligo de Mazatlán. Me pregunto si por aquí podría cruzarme con Juan José Rodríguez, el gran narrador de estas tierras.

Me dice Mónica te invito un tequila. Se me antoja un shot le digo y pasamos por la aduna del mesero. Nos da una mesita en donde tenemos que estar de frente y con un continuo roce de meseros y consumidores. Está bueno el tequila. Aclaro que pido desde hace tiempo reposado o añejo porque ahora pides blanco y te dan diamante y solo lo notas cuando te llega la cuenta. Aguanto tres, me relajo y mi mirada se torna más empática y la gente sigue en el interior de esta creación de tarde en la Plazuela Machado. Incapaz de solo tomar he ordenado un aguachile, unas tostadas de atún y un par de tacos gobernador. Saturan. No es el mejor lugar para comerlos, pero están buenos.

Antes de continuar con más sólido Mónica me dice vamos allá y alcanzamos a meternos a una mesa de otro negocio. No es tan rígido el control. Es negocio parte del hotel Raíces del mar. La carta es muy interesante, se anuncia de autor, pero ya hemos comido bastante, así que pedimos cualquier cosa y, como McArthur, prometemos volver. Llegan unas quince personas a festejar algo y nos ven con envidia, lo cual es inexplicable, porque estamos en una mesa para cuatro y ellos son un montón.

Salimos por el lado contrario a donde entramos. Caminamos, alejándonos de malecón y Plazuela Machado. Por aquí puede estar en circulación un autobús. Ni en sueños. Las pocas pulmonías pasan repletas. La ciudad aquí es solitaria y duerme o ha mandado a sus pobladores diurnos a descansar. Es alto el contraste entre esos dos Mazatlanés recién recorridos. Este es el tercero. Esperamos unos minutos en el mercado. La soledad aumenta, el paso de vehículos se enrarece. Por fin, como un *deux ex machina*, aparece una pulmonía, no regateo el precio hasta el hotel. Mazatlán, «pues tienen todos ustedes un orgullo», nos acompaña.